

A HISTORIA: ¿RELATO VERDADERO O CIENCIA? UNA CRITICA A PAUL VEYNE



45

Violeta Aréchiga*
Nicolás Cárdenas**

Este ensayo es una crítica a la concepción de la historia de Paul Veyne. Como tal ofrece algunas dificultades que merecen ser expuestas. La primera es la de referirse a textos que, en algunos casos, pueden ser desconocidos por los posibles lectores de este trabajo. Por esa razón, hemos creído conveniente hacer un resumen lo más completo y coherente posible sobre las opiniones de este autor, para después desarrollar nuestra propia versión, de tal manera que la crítica no se limite a una mera enumeración de deficiencias o contradicciones del discurso de Veyne, y cobre autonomía como una confrontación de dos propuestas teóricas relativas al mismo objeto: la historia.

Ello implica, además, hacer una selección de los argumentos centrales de Veyne, determinada por nuestra teoría de partida. Esperamos no haber-

*Profesora del Departamento de Filosofía e Historia de la ENEP Acatlán (UNAM)

**Profesor del Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco.

nos excedido en este necesario recorte y esquematización, disculpables en todo caso por la necesidad de centrar la discusión en determinados aspectos.

La historia no es una ciencia y apenas tiene nada que esperar de las ciencias; ni explica ni tiene método; es más, la historia de la que tanto se habla desde hace dos siglos, no existe": Veyne.

En cuanto a la necesidad misma del debate, y la elección de Veyne como antagonista, es necesario decir algo. Nacido en 1930 y conocido especialista francés en historia antigua (Grecia y Roma),¹ resume en los dos textos utilizados² su concepción de la historia como una "novela verdadera" expresando provocativamente desde la introducción a *Cómo se escribe la historia* que:

La historia no es una ciencia y apenas tiene nada que esperar de las ciencias; ni explica ni tiene método; es más, la historia de la que tanto se habla desde hace dos siglos, no existe.³

En ese supuesto desconocimiento de su propio trabajo por parte de los historiadores, Veyne funda la necesidad de volver sobre el asunto de ¿qué es la historia?, terreno en el que recupera la tradición liberal de la historiografía representada por Raymond Aron, y trata de conectarla con algunos de los postulados de la escuela francesa de los Anales, particularmente en lo que se refiere a la necesidad de "luchar contra la óptica impuesta por las fuentes" e intentar la escritura de una historia "no acontecimental".⁴ Esto es justamente lo que lo convierte en un buen representante de lo que se ha dado en llamar la escuela de los nuevos Anales, cuya influencia académica es hoy día indiscutible.

Sin embargo, la visión de la historia que nos ofrece no resulta tan renovadora y, en cambio, ilustra una posición muy común entre los historiadores, enmarcada en la epistemología positivista. Como ocurre frecuentemente en esta tradición, a pesar de que Veyne hace algunos planteamientos correctos, considerados de manera aislada, el hecho de permanecer encerrado en el marco positivista de la ciencia, de considerarla como nomológico-deductiva, lo enfrenta a dos opciones: o hace una verdadera crítica de tal concepción y establece otro paradigma de ciencia que permita incluir la historia en ella, o bien, la excluye del terreno científico. Esta segunda opción, la más sencilla, es la que Veyne elige. Estableciendo la primacía en última instancia de los acontecimientos específicos como el objeto de la historia, junto a la pretensión de tener acceso a los mismos sin necesidad de la teoría, queda encerrado en los límites del positivismo. Esta consecuencia de su discurso es lo que trataremos de desarrollar en el siguiente apartado.

¹ Vid. *Les grecs ont-ils cru a leur mythes? Essai sur l'imagination constituante*, Paris, Seuil, 1983 y *Le pain et le cirque: sociologie historique d'un pluralisme politique*, Paris, Seuil, 1976.

² Se trata de *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984 y del artículo "La historia conceptualizante", que apareció en Jacques Le Goff y Pierre Nora (comps.), *Hacer la historia*, Vol. 1, *Nuevos Problemas*, Barcelona, Laia, 1978. En tanto que sus argumentos están mejor desarrollados en el libro, hemos preferido referirnos al mismo.

³ *Op. cit.*, p.10.

⁴ *Ibidem*, pp. 150-152.

1. Los límites de la concepción positivista de la ciencia

De acuerdo a las ideas de Veyne las características metódicas legales y conceptuales de la ciencia hacen imposible una ciencia de la historia.

“Entre la explicación histórica y la científica no hay un matiz sino un abismo”,⁵ afirma Veyne, abismo que tendría como origen el hecho de que ciencia e historia constituyen dos mundos diferentes —formal el primero y sublanar el segundo— y, por tanto, las características metódicas, legales y conceptuales de la

ciencia hacen imposible una ciencia de la historia.

De acuerdo con este autor, la ciencia es un sistema hipotético-deductivo cuya forma de explicación es, siempre, nomológico-deductiva. Así, tenemos que la explicación científica se caracteriza tanto por la asignación de un hecho o un principio —o de una teoría a otra más general— como por su capacidad de predicción. En el mundo de la ciencia, el conocimiento de las condiciones iniciales aunado al de un conjunto de una o más leyes universales permite la explicación y/o la predicción, deductivas, del fenómeno. “La ciencia versa sobre lo general”⁶ en la medida en que abstrae de los diversos acontecimientos, leyes que le permiten explicar ciertos aspectos (conformados a la medida de esas leyes): se limita pues a sus propios hechos, descubriendo una legalidad que, al ser abstracta, posee validez necesaria. El descubrimiento de este tipo de leyes posibilita, primero, definir el mundo formal de la ciencia como un mundo de regularidades o causalidades constantes, invariaciones, y, consecuentemente cerrado; y, segundo, como un mundo en el que existe un determinismo (en oposición a lo propiamente humano) que jerarquiza hechos elementales y atómicos en última instancia; que permite además de subsumir hechos a principios, subsumir una teoría a otra más general.

Como resultado de la existencia de invariaciones, la ciencia aporta lo que Veyne llama “certidumbre racional”, mientras que la jerarquización de los hechos permite hablar de una verticalidad o profundidad expresada en la remisión de éstos a principios generales. La ciencia descubre “resortes ocultos que... funcionan con todo rigor”⁷ pasando de la cualidad a la esencia; definiendo sus conceptos y sus modelos (también abstracciones) por medio de una teoría; y, en fin, descubriendo un orden de hechos al que infaliblemente obedecen todos los demás.

En conclusión, contrariamente a lo que sucede en el mundo histórico, “una ciencia sólo es viable en los sectores en los que el determinismo universal ... presenta efectos de conjunto más totalizadores y puede entonces descifrarse y ser sometido a tratamiento por un método sintético que se aplica a... efectos macroscópicos, el método de los modelos o el de los efectos predominantes”.⁸ De tal manera, el método “sintético” de la ciencia procede por vía de la abstracción, permitiendo conocer una legalidad caracterizada como regularidad constante de efectos; la predicción es la marca definitoria de la explicación científica que da cuenta de un mundo vertical, cerrado y formal.

⁵ *Ibidem*, p. 113.

⁶ *Ibidem*, p. 107.

⁷ *Ibidem*, p. 156.

⁸ *Ibidem*, p. 184.

En torno a la cuestión de si el mundo social puede ser estudiado de la misma manera que el natural, han surgido dos tradiciones opuestas entre sí: una, naturalista y otra, antinaturalista.

Con el fin de evaluar la concepción de la ciencia que Veyne nos ofrece, es necesario notar que, en torno a la cuestión de si el mundo social puede ser estudiado de la misma manera que el natural, han surgido dos tradiciones opuestas entre sí: una, naturalista, que sostiene la posibilidad de la unificación de las ciencias sociales y las naturales en concordancia con principios po-

sitivistas, y otra, antinaturalista, que sostiene las diferencias en los objetos de estudio, y por tanto metodológicas, como insuperables.

Aun cuando Veyne acepta que puede haber leyes *en la historia*⁹ —en el sentido de que puede hacer uso de “algunas verdades científicas”¹⁰— y reconoce por ende la *plausibilidad de alguna ciencia del hombre (la economía por ejemplo)* su concepción de la ciencia lo une a lo que, en palabras de Roy Bhaskar, ha constituido el error común de las tradiciones naturalista y antinaturalista: “la aceptación de una visión de las ciencias naturales esencialmente positivista, o al menos (y más generalmente) de una ontología empirista”.¹¹ Así, como pudimos ver, el modelo científico que Veyne sostiene, con el fin de argumentar la distinción esencial de la historia con respecto a la ciencia, es el modelo nomológico-deductivo hempeliano.¹²

Este modelo, compartido en gran medida por la filosofía ortodoxa de la ciencia, se basa en última instancia en los principios según los cuales las leyes científicas son relaciones constantes entre eventos (expresables en la fórmula “siempre que esto, entonces aquello”) y se confirman, o se falsan, por la manifestación del consecuente. De acuerdo con este modelo, tanto la explicación como la predicción son simétricas en la medida en que la conjunción de leyes universales y condiciones iniciales de un fenómeno, permiten explicar o predecir éste deduciéndolo de las primeras.¹³

La suposición que constituye la base de tal modelo es, como bien lo afirma Veyne, la clausura del mundo y su constitución por hechos atómicos; en otras palabras, la existencia de un mundo en el que los eventos mantienen relaciones constantes entre sí y no poseen complejidad interna: en el que la realidad es simple y no diferenciada. Sin embargo, al rechazar el modelo nomológico-deductivo de explicación aplicado en la historia, Veyne lo acepta como aplicable al “mundo científico” sin crítica alguna.

Los avances más o menos recientes en filosofía de la ciencia han criticado, no obstante, la concepción deductivista de la ciencia que Veyne hace suya y la visión “monística”, acumulativista, del desarrollo científico implicada por el mismo principio del deductivismo que sostiene la posibilidad de subsunción —y por ende de reducción— de una teoría a otra más general.

Gracias a estos avances podemos ver que la clausura universal en que se apoya el modelo nomológico-deductivo no es más que un caso especial

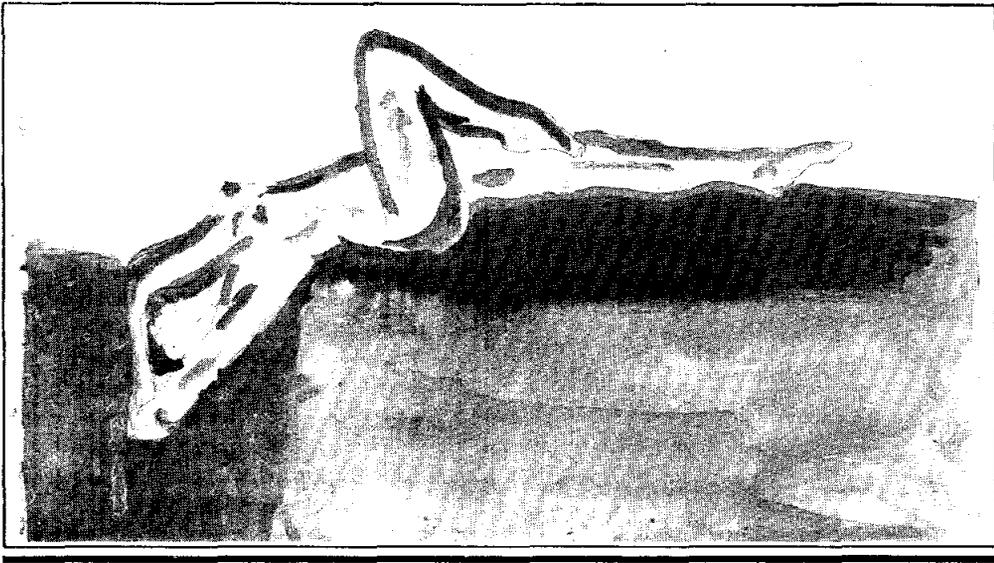
⁹ *Ibidem*, p. 115.

¹⁰ *Ibidem*, p. 69.

¹¹ Bhaskar, Roy. *The possibility of naturalism*, Brighton, Sussex, Harvester, 1979, p. 2.

¹² Hempel, Carl. *La filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza, 1973, capítulo 5.

¹³ Bhaskar Roy. *A realist theory of science*, Brighton, Sussex, Harvester, 1975, p. 128 ss.



que, en general, no ocurre espontáneamente y necesita de la intervención humana para ser producido. En efecto, si las ciencias naturales son en gran parte experimentales es porque, a través de la actividad experimental, el científico *produce* secuencias de eventos que de otro modo no tendrían lugar.¹⁴ Es decir, que en la experimentación se producen las regularidades constantes que posibilitan al científico identificar una ley: regularidades que si —como es el caso de la clausura universal supuesta por el positivismo— estuvieran dadas harían ininteligibles la actividad experimental. Si, por otra parte, la actividad experimental es en gran medida necesaria en las ciencias naturales, tenemos que, entonces, el mundo de la naturaleza es un mundo abierto. esto es, un mundo en el que las relaciones constantes entre eventos no se dan espontáneamente: en el que la fórmula $(\forall x)(Fx \rightarrow Gx)$ no se puede aplicar.

La generalización empírica que el positivismo confunde con la ley no sólo es únicamente aplicable en contextos artificialmente cerrados; por añadidura, generaliza meramente el problema, sin, necesariamente, colocarlo en el contexto de una teoría explicativa. Así pues, frente al fenómeno de la ubicuidad de los sistemas abiertos en naturaleza y de la ininteligibilidad de la aplicación práctica del conocimiento si las leyes fueran válidas solo en sistemas cerrados, es necesario comprender que “la deductibilidad de invariaciones empíricas, dependiente de la accesibilidad de conjunciones constantes de eventos, puede no ser ni necesaria ni suficiente para una explicación científico-natural.”¹⁵

Las leyes causales, en este contexto, han pasado a ser entendidas como tendencias, como enunciados que hacen referencia a la actividad de un mecanismo generador, en virtud del cual, el efecto tiende a producirse cuando es estimulado; y no como enunciados acerca del resultado actual de esa actividad ya que, en sistemas abiertos, éste será codeterminado, en general, por la actividad de otros mecanismos.

¹⁴ *Ibidem*, p. 33.

¹⁵ Bhaskar Roy, *The possibility of naturalism*, *op. cit.*, p. 14.

Puede sostenerse "la tesis de que hay (o puede haber) una unidad esencial de método entre ciencias naturales y sociales" sin sostener al mismo tiempo, que los objetivos de estudio y los métodos de ambos tipos de ciencias sean idénticos.

La tendencia se manifiesta como invariancia empírica sólo en condiciones cerradas (experimentalmente) y se explica por la actividad de un mecanismo. De aquí se desprende, primero, que las "cosas" que constituyen el objeto de estudio de las ciencias naturales son agentes y poseen, por tanto, complejidad interna; y, segundo, que la realidad está diferenciada y estratificada, pues el mecanismo que produce la secuencia es explicada por la existencia de otros mecanismos, que a su vez requieren de explicación y así sucesivamente. Al contrario de lo que piensa el positivismo, la

ciencia no se detiene al descubrir una regularidad y estar por tanto en situación de hacer una predicción, sino busca siempre descubrir las causas de la regularidad, de modo tal que es posible concebir la esencia de la ciencia como "el movimiento en cualquier nivel del conocimiento de los fenómenos manifiestos al conocimiento de las estructuras que los generan".¹⁶

Si efectivamente el mundo está constituido por agentes causales (y no por eventos atómicos relacionados de forma regular, aprehendibles directamente en la experiencia sensorial) tenemos que la presencia actual de tales estructuras generadoras se produce por el trabajo experimental de la ciencia (o tal actividad sería innecesaria) y que, en consecuencia, si los agentes no están dados automáticamente en la experiencia, los criterios de realidad dejan de ser principalmente perceptuales, para ser causales. Ser, en última instancia, es ser capaz de hacer. En este contexto, la estratificación de la realidad implica la imposibilidad del reduccionismo, entendido como disolución de un nivel en virtud de su explicación por otro de orden superior: la relación entre los estratos es de producción natural.

La explicación científica es, esencialmente, retrodictiva y no predictiva construye el modelo de un mecanismo "que si existiera y actuara del modo postulado daría cuenta del fenómeno en cuestión".¹⁷ Entra aquí en juego el trabajo teórico de la ciencia, en virtud del cual puede llegar a producirse el concepto apropiado de la estructura real, cuya presencia actual es fruto del trabajo experimental. Los conceptos de ciencias naturales no son, en este sentido, meras abstracciones definidas por una teoría. El hecho de entenderlos así, al igual que el de considerar las predicciones científicas como "profecías razonables",¹⁸ surge del énfasis que el modelo nomológico-deductivo pone en la confirmación de la explicación, y por tanto de la ley, a través de sus instancias, sus efectos o resultados. Comprender la necesidad de una secuencia como la conexión de sus componentes por un mecanismo generador, pone, al contrario, el acento en la actividad de un mecanismo, en su tendencia a comportarse de determinada manera, aunque el efecto no se realice.

Si el principal criterio de realidad en ciencia es la *causalidad* y las leyes causales no son sino *tendencias*, es claro que el positivismo es inaplicable al dominio de las ciencias sociales; pero también, al de las naturales, y que,

¹⁶ *Ibidem*, p. 17.

¹⁷ *Ibidem*, p. 15.

¹⁸ Veyne Paull, *Cómo se escribe la historia...*, op. cit., p. 102

en consecuencia, puede sostenerse "la tesis de que hay (o puede haber) una unidad esencial de método entre ciencias naturales y sociales",¹⁹ sin sostener, al mismo tiempo, que los objetos de estudio y los métodos de ambos tipos de ciencia sean idénticos. Así, si lo distintivo de la ciencia es el movimiento que va del conocimiento de lo manifiesto al conocimiento de las estructuras que lo generan, los objetos del conocimiento científico son, en los dos casos, tales estructuras reales. Las estructuras sociales pueden ser tan "coercitivas" como las leyes naturales y, a la inversa, las tendencias naturales pueden no realizarse; pero en ningún caso, se reducen a regularidades empíricas. Tanto las reglas sociales, como las estructuras naturales, imponen límites a lo que es posible realizar, pero no determinan qué será realizado. El análogo de los eventos naturales — productos sociales, en cuanto dependen del conocimiento ya adquirido — es en ciencias sociales, la actividad social: el trabajo y la transformación de objetos dados. El análogo de los mecanismos generadores naturales serán las estructuras sociales²⁰ con tres importantes limitaciones: a) son productos sociales (y por tanto susceptibles de transformación) sólo relativamente permanentes y relativamente autónomos (esto es, interdependientes) de modo que aunque las tendencias que fundamentan son universales en cuanto se aplican a todos los miembros de una clase, no son espacio-temporalmente invariantes, sino históricas; b) sólo se manifiestan en sistemas abiertos impidiendo la existencia en este dominio de criterios predictivos para el desarrollo de las teorías; como consecuencia estos criterios son, en ciencias sociales, exclusivamente explicativos; c) no existen, ni actúan independientemente de la producción del conocimiento, del cual, ellas son los objetos; conservan no obstante a pesar de esta interdependencia causal, una intransitividad existencial "pues... aunque los procesos de producción puedan ser interdependientes, una vez que algún objeto... existe, si existe, no importa cómo haya sido producido, constituye un objeto posible de la investigación científica".²¹ "Ser" significa lo mismo en ciencias naturales que en ciencias sociales.

¹⁹ Bhaskar, Roy *The possibility...*, *op. cit.*, p. 3.

²⁰ Entendidas en sentido amplio, es decir, como estructuras generadoras de un efecto cualquiera.

²¹ Bhaskar, Roy. *The possibility...*, *op. cit.*, p. 60.



Las estructuras sociales tienen entonces un carácter conceptual²² que hace necesaria una gran precisión en el significado, en lugar de la exactitud en la medida, requerida por las ciencias naturales. Los enunciados que hacen referencia a su actividad designan tendencias que, aún cuando no se manifiesten nunca, son esenciales para la comprensión de la vida social en cuanto que son realmente las que la producen. "Por que la sociedad está en transformación, y en cuanto que el hombre es un producto social, estas tendencias serán históricas."²³

2. La historia como relato verídico

El argumento central de Veyne respecto a la imposibilidad de considerar la historia como una ciencia radica en el carácter de su objeto.

Utilizando como referente la concepción positivista de la ciencia, Veyne presenta una propuesta de la historia que trata de llevarla fuera de ese marco, pero que también, la excluye de la misma ciencia. Para ello, argumenta que la historia no utiliza el modelo de explicación nomológico-deductivo, y por tanto, no explica nada; que carece de método; no revive nada; es simplemente un relato verdadero con el hombre como actor. "La historia es una novela verdadera", concluye, y pretensiosamente declara que eso es realmente lo que hacen los historiadores, a despecho de sus propias concepciones, que les hacen pensar en una labor científica.

El argumento central de Veyne respecto a la imposibilidad de considerar a la historia como una ciencia radica en el carácter de su objeto. Se trata de un relato de acontecimientos, presentes a través de los documentos, pero que al mismo tiempo tiene su límite en ellos, es decir, ningún documento puede ser el acontecimiento mismo. Aquí Veyne se introduce en una discusión muy vieja, relativa a que el acontecimiento nunca es aprehendido directa y plenamente, sino de forma incompleta y unilateral. Todavía más, éstos tienen un carácter individual, en la medida en que ocurren en un momento dado. Esa individualidad no obsta para su inclusión en una especie, modelo o concepto; pero lo único que cuenta para el historiador es el caso individual, al cual seguiría relatando como perteneciente a una variedad determinada.

Ahora bien, los acontecimientos no son únicamente aquellos considerados como tales en la historiografía tradicional, sino prácticamente todo acto de la vida cotidiana que deja huella, tanto si está ya catalogado como si "duerme todavía en el bosque de lo que no es aún acontecimiento". De aquí que Veyne postule la existencia de lo no-acontecimental como aquello de cuya existencia no tenemos conciencia.

Hasta aquí parece que nuestro autor tiene bien ganada la fama de ser el nuevo campeón del hecho histórico (acontecimiento si se quiere), pero en seguida reconoce la debilidad de esa posición y que un acontecimiento sólo tiene sentido dentro de una serie, pero para él, no hay una serie única posible, sino un número indefinido de ellas, de tal manera que fijar una es-

²² Existen sólo en virtud de las actividades que regulan y no son independientes de las concepciones que los agentes poseen de lo que hacen.

²³ Bhaskar, Roy. *The possibility...*, op. cit., p. 19.

cala de importancia entre las mismas es imposible sin caer en el subjetivismo; en todo caso, es categórico al afirmar que eso no tiene preocupado en lo más mínimo al historiador.²⁴

El que todo constituya un acontecimiento potencial y existan un número indefinido de series en que los mismos adquirieren sentido, convierte a todo en historia, a la vez que ésta se convierte "efectivamente subjetiva, pues no puede negarse que la elección del tema de cualquier libro de historia es libre".²⁵

Para superar el peligro de que la historia se convierta en una construcción arbitraria, Veyne introduce dos nociones: "La de la trama y la de organización natural".

Esta posición subjetivista de Veyne va incluso más allá de la propuesta del presentismo crociano,²⁶ para ubicarse en un relativismo absoluto, en el que la historia se convierte en una construcción arbitraria. Veyne intenta superar este peligro obvio introduciendo dos nociones: la de trama y la de organización natural. Según la primera, los hechos no tienen interés por sí mismos, todo depende de la trama elegida.

Los hechos no existen aisladamente en el sentido de que el tejido de la historia es lo que llamaremos una trama, una mezcla muy humana y muy poco "científica" de azar, de causas materiales y de fines. En suma, la trama es un fragmento de la vida real que el historiador desgaja a su antojo y en el que los hechos mantienen relaciones objetivas y poseen también una importancia relativa...²⁷

Como es fácil advertir, con esto no se ha solucionado el problema, ya que la elección del objeto es absolutamente libre, arbitraria. La segunda noción trata de salvar este problema planteando que:

Los hechos poseen una organización natural, que le es dada al historiador una vez que ha elegido el objeto de su investigación, y que, además, es inalterable. La labor histórica consiste, precisamente, en *reconocer* esa organización...²⁸

De esta manera, es libre la elección del objeto, cualquier tema es válido, la trama elegida organiza el campo de acontecimientos, pero este campo una vez establecido, tiene una organización natural que debemos reconocer. Sin embargo, líneas más adelante, insiste en que:

Los acontecimientos no son cosas ni objetos consistentes ni sustancias, sino un fragmento libremente desgajado de la realidad, un conglomerado de procesos, en el cual cosas, hombres y sustancias en interacción se comportan como sujetos activos y pasivos. Los acontecimientos carecen de unidad natural...²⁹

Tenemos entonces que de cualquier manera adquieren unidad en la medida de nuestra elección de trama. Existiría pues, una historia única realmente total, que pudiera darnos una sola versión de su organización natural: una historia que comprendiera la totalidad de cuanto ha acontecido.

²⁴ Veyne, Paul, *Cómo se escribe...*, op. cit., p. 30.

²⁵ *Ibidem*, p. 32.

²⁶ Croce, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pp. 9-11.

²⁷ Veyne, Paul. *Cómo se escribe...*, op. cit., p. 34.

²⁸ *Ibidem*, p. 33.

²⁹ *Ibidem*, p. 37.



Como no puede alcanzarse, debemos reconocer que sólo existen historias parciales, igualmente legítimas.

Ello conduce a Veyne al problema de hallar la mediación entre el acontecimiento individual y la trama. La solución que propone es una vez más doble: la especificidad y el concepto. En cuanto a la primera, nos dice:

La historia se interesa por acontecimientos individualizados que tienen carácter irrepetible, pero no es su individualidad lo que le interesa. Trata de comprenderlos, es decir, de hallar en ellos una especie de generalidad o, dicho con más precisión, de especificidad.³⁰

La historia, según esta propuesta, ocuparía un lugar intermedio entre la universalidad científica y la singularidad "inefable", es el lugar de lo específico, aún cuando su individualidad impida reducir la realidad al discurso inteligible sobre ella.

En cuanto a la segunda opción, nos dice que las teorías y los modelos son solamente el resumen de una trama, en la medida en que son el resumen del acontecimiento que se pretende explicar, consisten en ese acontecimiento, interpretado de manera determinada. De acuerdo con su propuesta de lo específico es dable pensar en establecer una tipología histórica, pero ya que no todo se adecúa a un modelo y los acontecimientos no se reproducen a través de especies como las plantas, esa tipología sería acabada a condición de que sus elementos fueran muy limitados y se redujera a un inventario del léxico histórico, es decir, que se reduzca a conceptos.³¹

Una vez establecida esa identidad, Veyne usa en adelante el término concepto. Afirma que, como cualquier discurso, la historia no habla más que por conceptos, algunos "intemporales" y otros recientes.

De esta manera, la historia es "descripción de lo individual a través de los universales", y aun cuando los historiadores se enfrentan al problema de los conceptos, su oficio no consiste en analizar la idea de Revolución, sino en decir quién hizo la de 1789, y cuándo, cómo y por qué tuvo lugar; entrar en disquisiciones sutiles acerca de los conceptos es, en su opinión, un error de principiantes. Pero la historiografía sigue progresando gracias a instrumentos conceptuales (los conceptos permiten concebir las cosas).³²

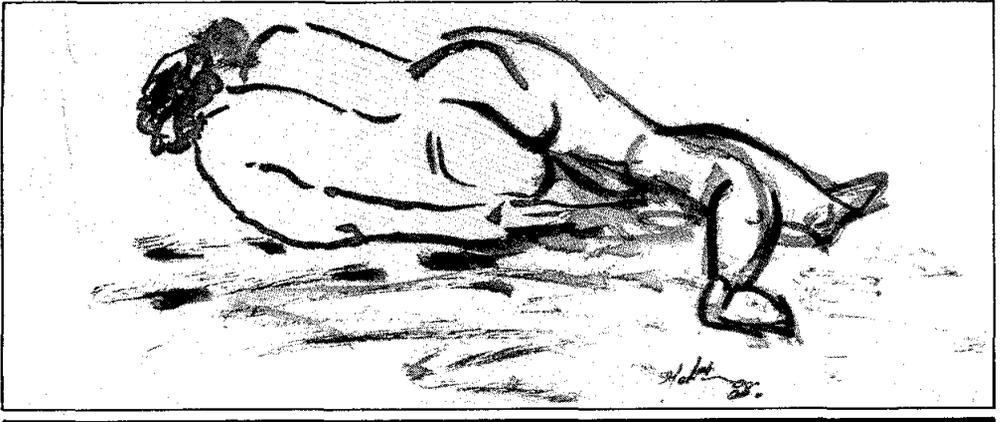
En este último párrafo, Veyne parece haber incurrido en una contradicción, ya que por un lado excluye de las obligaciones de los historiadores la de preocuparse y por consiguiente discutir acerca de los conceptos, y por otro lado, los reivindica como el instrumento que hace posible el "progreso" de su trabajo. Esto se aclara cuando vemos lo que entiende por concepto.

Al respecto, siguiendo con su marco referencial positivista, descalifica de la historia tanto a los conceptos de las ciencias deductivas, que entiende como abstracciones perfectamente definidas por una teoría que permite elaborarlas, y que sólo aparecen como conclusión de largas explicaciones teóricas, como a los conceptos de las ciencias de la naturaleza que dan lugar a un análisis empírico. Para él, los conceptos históricos pertenecen al sentido común, aun cuando su origen "sea culto" (sic). Con ello insiste a lo largo de su texto en distinguir entre la doxa y la episteme, entre conocimiento científico y conocimiento cotidiano. La historia para él, estaría en el

³⁰ *Ibidem*, p. 47.

³¹ *Ibidem*, p. 83.

³² *Ibidem*, p. 87.



segundo campo, puesto que en él coexisten libertad, azar, causas y fines, a diferencia del mundo científico, que según Veyne sólo conoce leyes. De ese modo señala que la explicación histórica se utilizan sobre todo verdades tan integradas al saber cotidiano, que no hay ninguna necesidad de mencionarlas o señalarlas. De ahí que una vez elegida la trama, es decir, los conceptos accesibles a cualquier hombre por cotidianos, se esté en condiciones de hacer de historiador. "Todo lo que se relata es comprensible, ya que se puede contar", añade Veyne. Nuestra comprensión del mundo y de la historia es posible desde el momento en que abrimos los ojos. "Para llevarla a la práctica y ser un verdadero historiador, o algo aproximado, basta con ser hombre, es decir, con comportarse de forma espontánea".³³

Así se "supera" la posible contradicción. Se precisa de los conceptos, pero éstos son aportados por el sentido común, o más específicamente, por cuanto hayamos visto, leído u oído acerca del concepto requerido, por ejemplo el de revolución. Ello mismo hace que los conceptos sean términos imprecisos.

Un concepto histórico permite, por ejemplo, denominar revolución a un acontecimiento, pero no se sigue de ello que, por emplear ese concepto, sepamos "que es" una revolución. Esos conceptos no son propiamente tales, es decir, un conjunto de elementos unidos necesariamente, sino más bien representaciones compuestas que provocan una ilusión intelectual, pero que en realidad son únicamente imágenes genéricas.³⁴

El problema se ha salvado para caer de nuevo en el relativismo. Los conceptos y categorías, dice Veyne, son también históricos, y además son imprecisos porque su propio objeto se modifica sin cesar.

El mismo Veyne se da cuenta que en este discurso, cuando expresa que lo que determina nuestro uso de un concepto es todo lo que hemos visto, oído o leído del mismo, parece introducir un conjunto de nociones teóricas, lo que podría constituir un modelo, o más todavía, un saber especializado, de tal modo que ello invalidaría el acceso inmediato al conocimiento histórico; pero ante ese peligro señala que sólo se trata de una experiencia "profesional", en virtud de la cual el historiador atribuye mayor o menor

³³ *Ibidem*, pp. 69-70.

³⁴ *Ibidem*, p. 90.

³⁵ *Ibidem*, pp. 105-106.

importancia a las causas económicas o a las necesidades religiosas y piensa en una u otra hipótesis interpretativa. Esta experiencia estrictamente "personal", que se compone de todo lo que el historiador puede aprender a lo largo de su vida, en sus lecturas y en sus relaciones humanas, es decir, su cultura, es el "método" de la historia.³⁵

La conclusión de esta concepción de la historia, una vez hecho el resumen anterior, no es sorprendente. Cualquier cosa de que ha quedado huella es historia, no hay criterios para establecer que una sea más importante que otra, es un relato verídico, pero también "la historiografía es un acontecimiento estrictamente cultural que no implica una nueva actitud ante la historicidad, ante la acción". En otras palabras, la historia no afecta al "ser íntimo del hombre" y no cambia profundamente el sentimiento que éste tiene de sí mismo. Se trata de un conocimiento irrelevante, una actividad estrictamente cultural, gratuita; un acto de decisión voluntaria que tiene sin cuidado a la sociedad, es un producto inofensivo que nada tiene que ver con la política.³⁶

Veyne es atacado cuando afirma que la historia es una disciplina sublunar, en la que podríamos reconocer la "organización natural de los hechos" de manera inmediata a través de los conceptos adquiridos en la vida cotidiana.

3. La historia como producción científica

La primera objeción al discurso de Paul Veyne se deriva directamente de su relativismo. Evidentemente se trata de un discurso producido en un momento y en un contexto determinados, es decir, él mismo es histórico y como tal, una de las posibles concepciones de la propia historicidad, que es obvio no puede tener pretensiones de validez a priori frente a las otras concepciones producidas en el mismo tiempo. Aparte de no ser novedoso como pretende, puesto que, todo lo más, representa una continuación de la obra de Raymond Aron,³⁷

el hecho es que en efecto la conciencia histórica en un momento determinado puede adquirir diversas formas que, sin embargo, no tienen un número indefinido, como dice Veyne, aun cuando preferiría seguramente decir infinito. Las formas de la conciencia histórica no son ilimitadas, sino expresión de las contradicciones del ser social, parte constitutiva del mismo, en la medida en que la reflexión y el estudio del pasado le permiten diferenciarse, tener una personalidad, y dar sentido al conjunto de sus acciones. La constitución del pasado no es un acto gratuito, sino que justamente en este dar sentido al presente consiste su importancia.³⁸ Por lo demás, dar sentido es, siguiendo a Agnes Heller, "insertar los fenómenos, experiencias y

³⁶ *Ibidem*, pp. 61-64.

³⁷ Véase la crítica de Pierre Vilar a sus concepciones en "Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas", en *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, Ariel, 3a ed., 1976, pp. 347-381. Ahí anota que ante un único y mismo desafío, "el marxismo y la historia como ciencia son solidarios", p. 149.

³⁸ Vid. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985, pp. 64-65 y 109; y Agnes Heller, *Teoría de la Historia*, México, Fontamara, 1984, pp. 43 y 69.

³⁹ *Ibidem*, pp. 65-66.

demás en nuestro mundo, transformar en conocido lo desconocido, en explicable lo inexplicable y reforzar o alterar el mundo mediante acciones significativas de distinta naturaleza”³⁹ de tal manera que se trata de una acción social en dos sentidos al menos: en tanto quien la realiza está inserto en la sociedad, es producto de ella, y en tanto que tiene una utilidad social. Hacer historia es ya, en efecto, una práctica social, así como lo es tratar de establecer las características de esa práctica, cosa que piensa hacer Veyne.

El primer y más importante baluarte de Veyne, el hecho, el acontecimiento, se presenta a primera vista inatacable, en la medida en que aparece posible acentar sin discusión que el acontecimiento específico constituye el objeto de la historiografía. Por supuesto que ello no implicaría aceptar la existencia de unos “no acontecimientos”, ya que éstos, una vez ubicados en una “trama” —para utilizar los términos de Veyne— se convierten en hechos. Lo único que hace con ese término, que por lo demás no connota ningún avance teórico, es constatar el proceso de ampliación de lo histórico, la apertura de nuevos campos de interés que, en efecto, responden a una determinación histórica, es decir, se producen en nuestro presente y guían una nueva lectura del pasado.⁴⁰

Sin embargo, de aceptar la postura relativista de Veyne, no sólo aceptaríamos la preeminencia del acontecimiento específico, sino también, en tanto nuestra construcción del relato es libre, que podemos construir (hacer) los hechos que deseemos.

Por ello nos proponemos desarrollar una crítica a tal visión desde dos ángulos: el referente al trabajo histórico como una producción específica, que tiene lugar en la relación del presente con el pasado, y el que se refiere a la necesidad de producir al mismo hecho dentro de una teoría determinada.

La primera cuestión introduce a dos problemas: el del carácter de la historiografía, y el de su objeto. Como ya hemos mencionado, se trata de una práctica y como tal, el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, es parte de su constitución, que tiene como premisa el dominio del proceso que llevó a constituirse, de tal modo que le permita a su vez elaborar un proyecto propio. La historia produce un distanciamiento con doble efecto; por un lado historiza lo actual, “presentifica una situación vivida, obliga a explicar la relación de la razón reinante con un lugar propio que, por oposición a un ‘pasado’, se convierte en presente. Una relación de reciprocidad entre la ley y su límite (entre el presente y el pasado) engendra simultáneamente la diferenciación de un presente y un pasado”; y por el otro, representa lo que hace falta, con el material objetivo del pasado, en tanto nos remite a una ausencia, que a su vez introduce al planteamiento del futuro. Certeau ha expresado bien que por ello la historia es siempre ambivalente ya que “el lugar que labra en el pasado es al mismo tiempo una manera de abrir el paso a un porvenir”.⁴¹

⁴⁰ Veyne, *Cómo se escribe...*, p. 109. Para una exposición similar a la nuestra ver Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 10a ed., 1981, quien en la p. 179 afirma: “La convicción de que provenimos de alguna parte está estrechamente vinculada a la creencia de que vamos a algún lado”.

⁴¹ *Op. cit.*, p. 109. Heller lo ha planteado de manera similar, *op. cit.*, pp. 60-65; por otra parte, esto coincide con una tradición epistemológica que concibe la construcción del conocimiento como una praxis. Vid. Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1986, pp. 35-41.

El acto mismo de plantear que la historia es una operación, una producción, desplaza el asunto de lo real, de lo verdadero, del mero reconocimiento de un hecho a la producción de sentidos, ya que se busca tanto lo que ha hecho posible a los fenómenos, como las relaciones existentes entre ellos.⁴²

No es la disposición y la acumulación de datos lo que determina la elección de los problemas de investigación: es la conceptualización la que "debe determinar la elección de los instrumentos para la investigación".

Este desplazamiento, por supuesto, ataca por el centro la afirmación de Veyne, en el sentido de que la historia es una disciplina sublunar, en la que podríamos reconocer la "organización natural de los hechos", de manera inmediata a través de los conceptos adquiridos en la vida cotidiana. En este sentido comparte la visión empirista limitada del positivismo, pues es claro que no existen los hechos aislados, sino que se constituyen como tales sólo en el marco de una teoría.

Aún la enumeración más sencilla es posible de hechos, su acumulación sin pretensiones de influir en los mismos, es una interpretación, como incluso puede verse en cualquier texto positivista o que pretende estar al margen de una teoría.⁴³ De hecho aun cuando nosotros aceptamos la existencia real del pasado, no existe otra posibilidad de apropiarse del mismo, de sus hechos, sino captándolos desde una teoría, con un método, y en esa operación se *produce* el pasado. En el caso contrario, es decir, pretender no usar de la teoría, o plantear que ésta, como en el caso de Veyne, puede ser una experiencia acumulada "confusa" e imprecisa, ello equivale a permanecer en el mundo de las apariencias, de lo inmediato, que en nuestro caso es la sociedad capitalista y las categorías que ella produce como explicación de la realidad; equivale a aceptar esas categorías, y por tanto a producir una historia para el consumidor, a recibir y devolver pasivamente los objetos (categorías) distribuidos por la producción capitalista, es decir, a trabajar para la reproducción de la estructura social, en la medida en que se reproduce la ideología dominante.⁴⁴ El problema es pues, que lo que propone Veyne es utilizar esa ideología dominante como el marco teórico a través del cual demos sentido a los acontecimientos, produzcamos la historia (las tramas). Eso ya implica un acceso mediado a los acontecimientos, con el agravante de permanecer en la superficie de los mismos. La ilusión de Veyne, por otro lado, había sido ya criticada por Lukács, cuando señalaba que ese proceso de abstracción es una peculiaridad de la sociedad ca-

⁴² Certeau, *op. cit.*, pp. 26-27.

⁴³ Un ejemplo clásico, en historia mexicana lo constituye Ricardo García Granados, *Historia de México. Desde la restauración de la República en 1867 hasta la caída de Porfirio Díaz*, México, Andrés Botos e Hijos, 1923. Un caso más reciente de esta tradición lo tenemos en Daniel Cossío Villegas, *Historia Moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, México, Hermes, 4a ed., 1985, quien explica que desechó hasta la idea de adoptar una hipótesis de trabajo, supuesto o guía, y que "para compensar la falta de un mecanismo inicial de selección y agrupamiento del material, me propuse leer cuanta fuente primaria fuera accesible, en la esperanza de que la época se reflejara en el material recogido" (p. 32). Ello no lo exime de una interpretación liberal del período.

⁴⁴ Vid. Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, México, Grijalbo, 1969, pp. 6 y 7; y Certeau, *op. cit.*, p. 91.

pitalista, que se inscribe en su propia tendencia de desarrollo, en el carácter fetichista de las formas económicas y la cosificación de las relaciones humanas, en la naturaleza misma de la producción, que determina una forma de percibir los fenómenos sociales, de dar cuenta de la realidad. Produce "hechos" aislados, complejos fáctivos aislados, campos parciales con leyes propias (el caso más notable la propia economía) que en efecto parecen estar ya elaborados científicamente.⁴⁵ Se olvida en esa percepción que se trata de formas históricas, y que no agotan en esa imagen superficial su contenido. Lo real está constituido tanto de esa apariencia como de la esencia del fenómeno a la que hay que llegar científicamente, es decir, por la teoría. Como hemos explicado, esto no es más que el reconocimiento de una realidad estratificada. El camino para superar el mundo de las apariencias es ciertamente el de la ciencia; con ella pasamos de la doxa al episteme, aun cuando con ello se pierda la "individualidad" del acontecimiento, en la medida en que este no existe de manera aislada. La importancia de ese paso es planteada por Lukács de la siguiente manera:

... así pues, para captar adecuadamente las cosas hay que empezar por captar clara y precisamente esa diferencia entre su existencia real y su estructura nuclear interna, entre las representaciones formadas sobre ellas y sus conceptos. Esa diferenciación es el primer presupuesto de una consideración realmente científica, la cual, según las palabras de Marx, "sería superflua si la forma fenoménica y la esencia de las cosas coincidieran de modo inmediato". Por eso lo que importa es, por una parte, desprender los fenómenos de la forma inmediata en que se dan, las mediaciones por las cuales pueden referirse a su núcleo, y por otra parte, conseguir comprensión de su carácter fenoménico, de su apariencia como forma *necesaria* de manifestarse. Esta forma es necesaria a consecuencia de la esencia histórica de los fenómenos, a consecuencia de su génesis ocurrida en el terreno de la sociedad capitalista. Esta doble determinación, ese reconocimiento y esa superación simultáneos del ser inmediato, es precisamente la relación dialéctica.⁴⁶

Una vez que hemos perdido lo específico como objeto exclusivo de nuestra preocupación, nos damos cuenta de que no hemos perdido nada, y que prácticamente sólo los historiadores que comparten las posiciones de Veyne sentirán nostalgia por conocerlo todo, pretensión que aún los científicos naturales, a principios de siglo, no compartían.⁴⁷ Por nuestra parte, nos limitaremos a señalar que es asombrosa la ubicación de Veyne a contracorriente de lo que ocurre en historiografía, en donde se buscan sentidos, y en donde si se habla de una revolución determinada se busca saber también qué es la *revolución*.⁴⁸

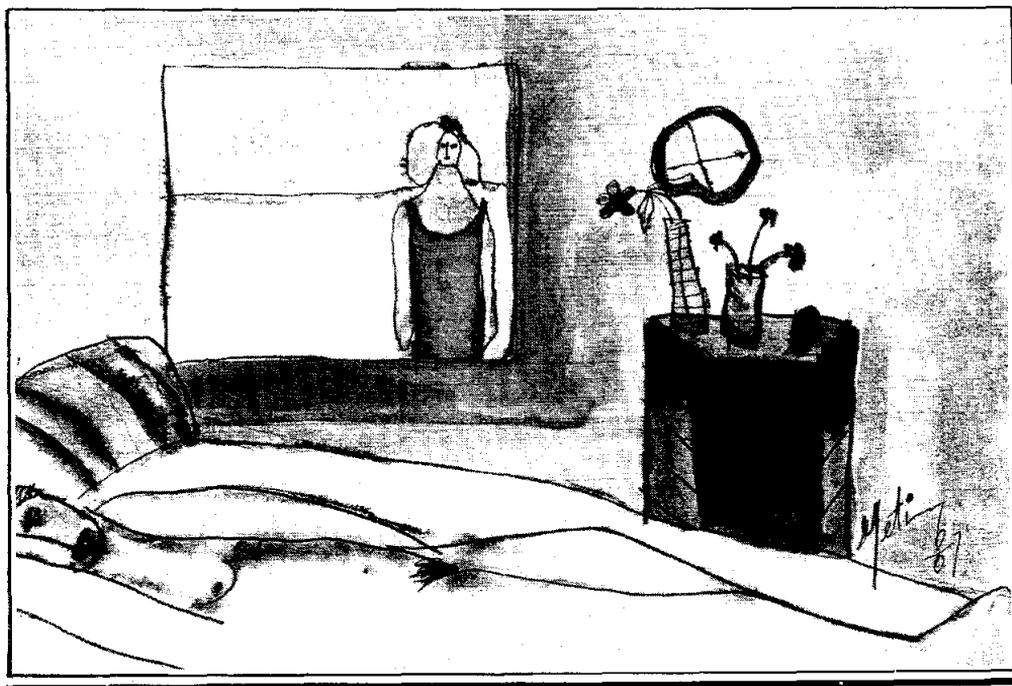
Si bien es difícil fijar el momento a partir del cual se avanza en esta di-

⁴⁵ Para una crítica de la aparente separación de la economía y la política ver Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 5a ed., 1984, pp. 53-58.

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 9.

⁴⁷ Cfr. la opinión clásica de Henri Poincaré en "La ciencia y la realidad", en *Filosofía de la ciencia*, México, CONACYT, 2a ed., 1984, pp. 59-60.

⁴⁸ Vid. Theda Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 13 y 19-82; otro ejemplo es el importante debate contenido en Rodney Hilton (Ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 3a. ed., 1980.



rección, lo cierto es que como tendencia, la historiografía se mueve hacia la búsqueda de “sentidos”.

La investigación cambia de frente -afirma Certeau-. Apoyándose sobre totalidades formales establecidas por decisión, se dirige hacia las desviaciones que revelan las combinaciones lógicas de series y se desempeña mejor en los límites. Si tomamos un vocabulario antiguo que ya no corresponde a la nueva trayectoria, podríamos decir que la investigación ya no parte de “rarezas” (restos del pasado) para llegar a una síntesis (comprensión presente), sino que parte de una formalización (un sistema presente) para dar lugar a “restos” (indicios de límites y por ahí, a un “pasado” que es el producto de un trabajo).⁴⁹

Ya no es pues la disposición y la acumulación de datos lo que determina la elección de los problemas de investigación, quienes a su vez determinarían los aparatos conceptuales dentro de los cuales se definen y utilizan los datos; el desarrollo de la historia como ciencia ha operado una inversión en este proceso, es la conceptualización la que “debe determinar la elección de los instrumentos para la investigación, y no al revés. El grado de cuantificación debería reflejar simplemente el máximo de precisión posible para problemas y métodos dados en momentos determinados”.⁵⁰

Hasta aquí, pareciera que estamos argumentando que, si bien la historiografía es una producción en que se relacionan el pasado y el presente, éste último tiene la primacía, y determina la producción del otro; pareciera que el objeto de la historia es el presente y solamente utilizara el pasa-

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 99.

⁵⁰ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 2a ed., 1979, p. 14.

do como un instrumento. El problema existe puesto que hemos afirmado que es la conciencia histórica (es decir, nuestro presente, del cual la historiografía es expresión) quien decide ya en primer término lo que pertenece al pasado histórico. Esta distinción, como ya hemos planteado, es fundamental, porque la conciencia histórica debe reflejarse en sí misma como lo nuevo frente a lo viejo, para formar un pasado histórico. Ahora bien: lo que constituye de esa manera el presente ya no es presente: pertenece al pasado.

Ese pasado debe estar, sin embargo, contenido en el presente en forma de mensajes y signos, a los cuales hay que identificar como tales desde el presente, lo que no puede hacerse sino en la medida en que existen tres condiciones: a) la existencia de un saber que se ocupe de la posible interconexión entre un rastro concreto y un mensaje; b) que el mensaje se conciba como un documento; y c) que a los documentos se les dé un valor. De ese modo, el presente identifica el rastro como tal, lo relaciona con la noción de mensaje, validándolo en la medida en que lo considera un documento. La disponibilidad así expresada hacia un mensaje particular, constituye la característica general de la conciencia histórica. El primer paso que da la historiografía en cuanto saber científico es descifrar el mensaje que nos da el rastro, o si no, buscar rastros que nos lleven a mensajes que leer.

Esos mensajes son tales si se pueden leer, obteniendo de los mismos información sobre lo que sucedió en el pasado, en la medida en que los relacionamos con otros anteriores. El presente contiene el vestigio, contiene también la disponibilidad hacia el mensaje que se lee ahí, pero, y es a donde queríamos llegar, *el mismo mensaje revela el pasado*. Al leer el mensaje desciframos el pasado. Por ello, puede sostenerse que su objeto es ese pasado.⁵¹

La historia es pues una operación mediante la cual se relacionan dos formas de lo real, por un lado lo conocido (el pasado) y por el otro lo implicado por la operación científica de conocerlo, es decir, la sociedad actual (el referente de la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión, y una práctica del sentido). De una parte tenemos que lo real es resultado del análisis, y por la otra, es su postulado. Ninguna de estas formas de la realidad puede ser eliminada, o reducida, por la otra. La historiografía opera en su relación; esa relación es el objeto de su discurso. Eso es precisamente lo que caracterizaría a la historia como ciencia humana, según Certau.

Es "humana", no en cuanto tiene al hombre por objeto, sino porque su práctica reintroduce en el "sujeto" de la ciencia lo que ya había distinguido como su objeto. Su funcionamiento nos envía del uno al otro polo de lo "real". La *actividad* productora y el periodo *conocido* se alteran recíprocamente...⁵²

De esa manera, tenemos que ni la elección del tema es libre, ni pueden existir cualesquiera historias, ni hay una organización natural de los hechos a la que debamos reconocer de modo inmediato, sublanar. En cuanto a las historias parciales, como veremos más adelante, sólo pueden tener sentido referidas a una totalidad. Todavía nos resta, a pesar de ello, discutir explícitamente las cuestiones relativas al concepto y al método, aun cuando mucho de lo dicho antes concierne a ambos.

⁵¹ Esta argumentación ha sido desarrollada por Agnes Heller, *op. cit.*, pp. 74-80.

⁵² *Ibidem*, p. 55.

En cuanto a los conceptos y categorías, después de lo desarrollado, es claro que en el proceso de investigación no aparecen al final, como resultados, sino como puntos de partida que permiten al material empírico tener significado. El conocimiento histórico, como hemos argumentado, resulta de la relación entre una teoría y la realidad a que se refiere. En ella:

el conocimiento se apropia de lo real al explicarlo por medio de su determinación. Porque se supone que se elabora en el pensamiento una producción que sea reproducción de algo real. El movimiento más profundo de este acto apropiación es el de la elaboración de categorías que expresan el determinante. Con éstas, y solamente a partir de ellas, es posible encontrar lo real aparente que sea significativo, tomado entonces como forma por la cual se presenta aquel determinante.⁵³

El necesario diálogo entre la teoría y el pasado contenido en los mensajes, documentos, testimonios, constituye el aspecto central del trabajo histórico.

El proceso de apropiación de lo real no es sino una relación, una "actividad sensible", en la que la experiencia aporta el material existente de manera independiente junto con sus conceptos, para la reflexión sobre esos mismos conceptos, que a su vez se basa en una formulación teórica de modelos en los que esos conceptos tiene sentido, pero sin la pretensión de que ellos expli-

quen lo real de manera absoluta. Esa explicación sólo puede darse en su relación. Los modelos teóricos, y en ello tiene razón Veyne, así como los conceptos, no agotan la realidad histórica. Tienen sentido en su relación con lo concreto, donde encuentran hechos que escapan de su alcance, pero que son problemáticos sólo en su relación con ellos. De esa manera, la realidad histórica excede a los mismos modelos, y hace necesaria su continua reelaboración. La capacidad de los modelos para hacer aparecer desviaciones establece al "hecho" en un nuevo estatuto ontológico, en el que ya no es parte de un continuo, sino una diferencia significativa, un límite, borrando por tanto la relación de deductividad supuestamente existente entre ley y hecho.⁵⁴

Es por esa razón que Hobsbawn afirma la necesaria utilización de los modelos por el historiador, en la medida en que debe integrar sus datos parciales en sistemas coherentes.⁵⁵ Esa relación entre los modelos y la realidad, o ese necesario diálogo entre la teoría y el pasado contenido en los mensajes, documentos, testimonios, constituye el aspecto central del trabajo histórico. Por supuesto que no se limita a ello sino que, una vez aceptado esto, nos plantea la necesidad de establecer firmemente los términos de esa mediación. Ello no puede hacerse sino en tanto no se recurra a todo el amplio acervo de conceptos y categorías elaborados por otras ciencias sociales, sometiéndolas a crítica histórica. Por ello, tiene razón Vilar cuando habla de que la historia es una ciencia en construcción. En gran medida,

⁵³ Miriam Limoeiro Cardoso, *La construcción de conocimientos*, México, Era, 1977, p. 13.

⁵⁴ Certeau, *op. cit.*, pp. 98-99.

⁵⁵ Vid. "De la historia social a la historia de la sociedad", en *Marxismo e Historia social*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, pp. 39-40.

lo que falta es justamente el método. Pero su carencia no se resuelve con negar su existencia, sino formulando los términos de la misma, concibiendo a la historia también como un terreno de experimentación epistemológica, en el que se confrontan formalizaciones científicas provenientes de otros campos con los objetos no científicos del pasado. De tal forma, se descubre el orden en lo que a primera vista parecía un caos.⁵⁶

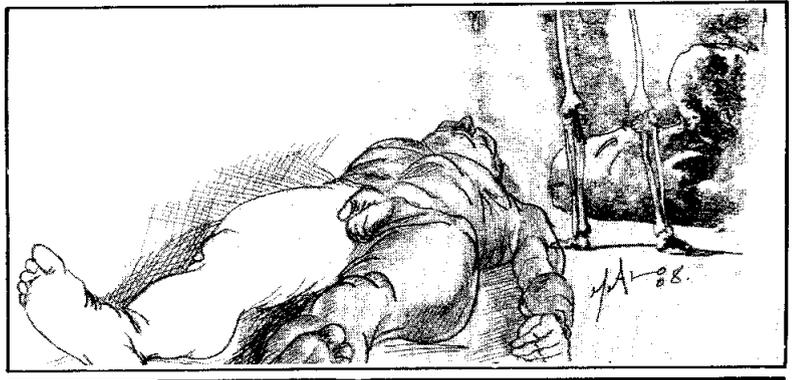
El hecho de considerar a la relación teoría-realidad como el proceso en el que se producen diferencias significativas, nos ofrece la posibilidad de tomar como medida de la eficacia de una teoría, con la que no acercamos al pasado, su capacidad de proporcionarnos mayor significado de ese pasado, en tanto hemos elaborado con ella las mejores preguntas al mismo. Con eso se abre el campo del pasado al mismo tiempo, el trabajo en el límite, es un trabajo de ampliación del conocimiento científico, más precisamente, de su campo problemático.⁵⁷

La teoría pues, opera sobre la realidad en dos sentidos principales: por un lado, revela dimensiones no pensadas anteriormente; y por otro, se modifica para dar cuenta de la nueva realidad producida por el trabajo teórico.⁵⁸ Ese regreso sobre los modelos, también mencionado por Certau, es la otra vía en que se relacionana teoría y realidad, y constituye una modificación impuesta por el pasado al presente que lo ha producido. En la medida en que modifica teorías, modelos, conceptos y abre nuevos campos problemáticos, es decir, en la medida en que se impone y revive en el presente, el pasado produce un cambio en la conciencia histórica actual, y por ese camino en su forma de concebirse, y de relacionarse con la estructura social con la que constituye una totalidad. Esto lleva directametne, al problema de la construcción del futuro, mediado por la constitución de proyectos políticos que incorporan otros tantos modelos sociales que adoptan una actitud frente al pasado. De lleno la historiografía se conecta, necesariamente, con la política y regresa a modificar las concepciones del mundo filosóficas que habían hecho posible su aparición. Por supuesto que con ello no estamos postulando la desaparición de la autonomía relativa de la ciencia, y menos, nos proponemos introducir el criterio de utilidad social del conocimiento como un criterio de su validez; simplemente se trata de que, aun cuando el proceso de producción científico-historiográfica

⁵⁶ Vid. Certeau, *op. cit.*, pp. 105-106; y Vilar, *op. cit.*, p. 354.

⁵⁷ Cfr. Heller, *op. cit.*, pp. 125-128.

⁵⁸ Esta doble relación está desarrollada con amplitud en Limoeiro, *op. cit.*, pp. 45-51.



se da en el ámbito de la teoría y la validez del conocimiento producido deba medirse teóricamente, ello no puede llevarnos a negar su relación de regreso con la sociedad que lo ha producido. Para confirmarlo están el conjunto de instituciones y organizaciones en que se inscriben el historiador y

El argumento central que Veyne ofrece en contra de la visión que considera a la historia una ciencia, es el que desarrolla teniendo como base su supuesto carácter sublunar.

sus productos. De lo que se trata es de que el historiador, si bien está obligado a no incorporar sus finalidades prácticas en su trabajo, no puede ignorar que una vez concluida una obra, reconstruido un pedazo del pasado, éste modifica el presente en algún sentido, tiene una utilidad social. Como ha señalado Heller, puede regresar

como ideología, es decir, hacia la práctica social, o como filosofía de la historia, hacia la solución de los problemas fundamentales del ser. Finalmente, este es el sentido de la historia en cuanto práctica social; no se trata pues, ni mucho menos, de una actividad irrelevante.

Las Teorías historiográficas significativas —explica Heller— nos indican que ordenemos nuestras experiencias actuales y actuemos siguiendo su orientación, según un sentido que no hay, pero que se puede introducir y formar por y mediante nuestras concepciones del mundo y acciones. La historiografía, por consiguiente, nos reconduce a la unidad teoría y práctica, de la cual había partido y de la que la había separado su profunda inmersión en el pasado.⁵⁹

La propuesta de Veyne no logra disociar la teoría y la práctica, sino que al pretender darle a la historia un estatuto de relato verídico, y por tanto, al aceptarlo como algo dado, constituye la aceptación de una historia imputada, fragmentaria y parcial, que no puede sino conducir a la reproducción del orden social dominante. Hay en efecto, en la historia, distintas opciones; negarle su carácter de episteme conduce a la negación del cambio social.

4. La totalidad y la explicación teórica

La historia "parte de que cuanto ha existido merece figurar en ella"⁶⁰ no posee leyes propias ni causas predominantes; es, esencialmente, una disciplina cuyo campo es lo sublunar y por tanto, un sistema abierto. Para la visión positivista de Veyne, la apertura del sistema presenta problemas especiales en cuanto a la causalidad: así, aun cuando cada episodio de la trama se explicara mediante la unión de ciertas condiciones iniciales y una ley, no podría darse cuenta de una conexión causal de los episodios entre sí. La apertura del sistema significa en este caso que nuevos datos modificarán siempre las condiciones iniciales, de modo que cada eslabón es explicable pero no su concatenación.⁶¹

La deducción y la explicación histórica son irreconciliables; en su lugar, el historiador hace uso de la retrodicción cuyos problemas refieren a la probabilidad de causas. En la medida en que el conocimiento del pasado es fragmentario, es decir, en los documentos aparecen sólo los efectos (impo-

⁵⁹ *Ibidem*, p. 178.

⁶⁰ Veyne, *Como se escribe...*, *Op. cit.*, p. 170.

⁶¹ *Ibidem*, p. 109.

pularidad de un rey, por ejemplo) y no la razón, el historiador "debe remontarse, mediante la retrodicción, del efecto a la causa hipotética".⁶² La validez de la retrodicción dependerá en este contexto del conocimiento que se posea de la mentalidad de la época; pero ante todo, como ya sabemos, el movimiento que va del efecto a la postulación de la hipótesis explicativa está determinado por la trama elegida.

Las "convenciones de cada época" se apropian de cierto terreno en el campo de la historicidad, dentro del cual "no existe una jerarquía constante entre las provincias; no hay ninguna zona que se imponga a otra ni que, en todo caso, la absorba".⁶³ El que hechos y causas posean importancia sólo en función de una trama significa pues que en la historia es irrelevante la búsqueda de una línea de evolución ("al historiador no le interesa sacrificar la historia a uno solo de sus aspectos, por muy significativo que éste sea";⁶⁴ que es imposible jerarquizar las causas o encontrar una jerarquía constante de éstas; que, en fin, "como totalidad, la historia se nos escapa y, como entrecruzamiento de series, es un caos semejante a la agitación de una gran ciudad vista desde un avión".⁶⁵

Así pues, de acuerdo con Veyne, hay causas en la historia pero no se las puede jerarquizar; tal ordenación implicaría "sacrificar" la historia a alguno de sus aspectos, hacer generalizaciones inaplicables por cuanto no hay regularidad constante en el ámbito sublunar, y, olvidar que "el conocimiento histórico es conocimiento de lo concreto, que es devenir e interacción".⁶⁶ En su búsqueda del punto intermedio entre "la universalidad científica" —considerada como determinación abstracta de rigor inaplicable— y la "singularidad inefable", Veyne rechaza la posibilidad de una totalización del fenómeno en favor de una trama "libremente" elegida, de un relativismo en el que la historia es aquello que el historiador desea y en el que la irrepitibilidad del hecho es lo que interesa, ya que la historia no explica nada.

Siempre dentro de la visión positivista, aun cuando niegue que existan hechos históricos atómicos o elementales, y en este sentido se oponga al reduccionismo propio de esa corriente, puede permitirse considerar la totalidad una mera "idea transcendental"⁶⁷ al presuponer, en el fondo e implícitamente, que el comportamiento del todo es función del comportamiento de sus partes.⁶⁸ Sólo bajo este supuesto, resulta posible hacer abstracción de que la sociedad no consiste meramente en individuos, sino que expresa el conjunto de relaciones que tales individuos mantienen entre sí; en otras palabras, la sociedad es irreductible a objetos más simples.⁶⁹

De acuerdo con Leo Koffler, "el verdadero peligro, fruto del desconocimiento de la consideración del todo, consiste en aceptar por verdaderos, de manera acrítica, los reflejos fijos e inadecuados de los procesos reales".⁷⁰ Incorpora la noción de totalidad, permite a su vez la posibilidad

⁶² *Ibidem*, p. 101.

⁶³ *Ibidem*, p. 24.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 30.

⁶⁵ *Ibidem*, pp. 29-30.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 95.

⁶⁷ Bhaskar, Roy. *Arealist theory...*, *op. cit.*, especialmente el cap. 2.

⁶⁸ Veyne, *Cómo se escribe...*, *Op. cit.*, pp. 29 y 38-39.

⁶⁹ Vid. una crítica a esta visión en Bhaskar, Roy. *A realist theory....*, *op. cit.*, p. 76.

de conocer los hechos, no ya de forma acrítica, sino en su articulación como momentos del desarrollo social. Si, como habíamos dicho, la esencia de la explicación científica reside en moverse de lo manifiesto a las estructuras reales que lo producen, no puede bastar con reconocer la "organización natural" de los hechos que "le es dada al historiador" cuando "elige libremente" su trama;⁷¹ la concreción del hecho singular a que Veyne se adhiere, impide "entender ese acontecimiento como lo que realmente es, según su *función* en el todo histórico al que pertenece."⁷²

La abstracción, inaplicable para Veyne, no es ni contingente ni vacía, sino una relación limitada, consciente de que representa sólo un momento de la totalidad y *posible* "porque dentro del fenómeno en apariencia considerado por sí mismo se manifiesta ya el movimiento concreto con una nitidez tal" que esa relación "refleja... de manera relativamente abstracta pero ya en sus rasgos esenciales, el movimiento del proceso total."⁷³

Esta abstracción nos conduce a conceptos que no se investigan en sí mismos, sino en relación con el todo; considerándolos, pues, como momentos que en lo absoluto expresan lo relativo. La ilusión de comprender el acontecimiento al margen de su conexión con el todo ignora que aquél está determinado por éste, determinación que "sólo es posible y explicable por el hecho de que los momentos no existen dentro de esa totalidad de modo puramente contingente, sino que representan funciones necesarias de un proceso que exhibe determinada estructura, un orden determinado, y que posee un carácter legal".⁷⁴

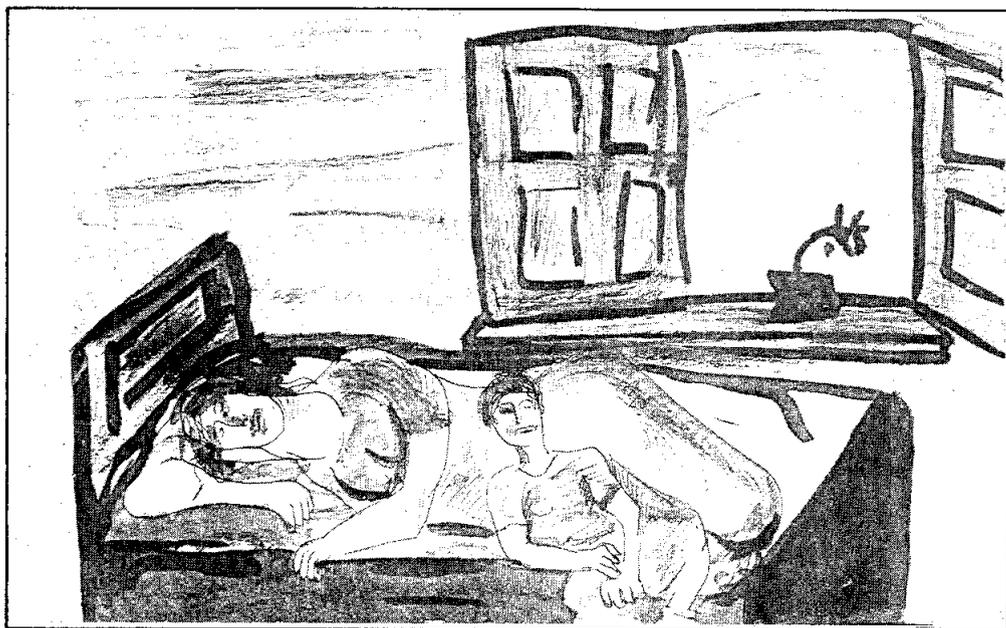
⁷⁰ Historia y Dialéctica, Buenos Aires, Amorrortu, p. 49.

⁷¹ Veyne, *Cómo se escribe...*, op. cit., p. 33.

⁷² Lukács, op. cit., pp. 13-14. El subrayado es nuestro.

⁷³ Kofler, op. cit., p. 52.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 65.



En la historia se relacionan lo conocido y lo implicado por la operación científica de conocerlo, de modo tal que no cualquier historia ni la elección del tema es tan libre como Veyne sostiene.

La consideración del concepto de totalidad, implica así no sólo no entender lo social como una mera suma de lo individual sino como conjunto de relaciones que constituyen un todo orgánico;⁷⁵ implica además, la posibilidad de discernir en el todo conexiones causales — que se expresan en enunciados legales de carácter tendencial — permitiendo jerarquizar hechos y causas. Ninguna historia parcial tendrá sentido al margen de su referencia a la totalidad: haciendo ésta a un lado, Veyne presupone, a pesar de sus declaraciones, una totalidad indiferenciada constituida por la suma de acontecimientos aprehensibles conceptualmente por sí solos, en la medida en que mantienen en todo caso relaciones externas (es decir, en las cuales los componentes son por sí mismos lo que son sin importar sus relaciones entre sí).⁷⁶

En consecuencia, el acierto que tiene Veyne al considerar a la historia — sus fenómenos — como un sistema abierto, en lugar de conducirlo como noción positivista de legalidad científica acrítica, lo lleva a concebir una causalidad indiferenciada existente sólo en función de una trama libremente elegida (es decir, una causalidad que no existe realmente). La otra opción es, con mucho, más prometedora en el terreno científico. Según hemos señalado, los sistemas abiertos son comunes como forma de expresión del ser tanto para las ciencias naturales como para las sociales, y ello no contradice la existencia de una legalidad causal real. En el caso de la historia, concebirla como totalidad estructurada permite justamente ese acercamiento y en consecuencia, su inclusión al territorio de la ciencia, del cual Veyne pretendía expulsarla.

Finalmente, es preciso decir que si bien Veyne también acierta en el reconocimiento de una causalidad múltiple, no homogénea, en la cual, *azar, causas materiales y fines se distinguen, nuevamente da marcha atrás* en cuanto tiene que enfrentar las consecuencias. Así, ante la necesidad de ordenar esos tres niveles de causalidad, de tal manera que introduzcan una jerarquización causal y transformen la parcela del pasado a que se refieren en un todo ordenado, estructurado, opta por la solución relativista que preserva el estatus de la historia como relato de un acontecer confuso: todas esas causas distinguibles sólo por abstracción, son igualmente importantes para la “explicitación” del fenómeno, dado que en la historia no hay profundidad: es una narración horizontal.

El problema de la multiplicidad de la causalidad subsiste en la consideración de la realidad como totalidad estructurada. En efecto, Heller distingue en ella una causalidad de tres niveles: el de las causas eficientes (inmediatas), el de las causas finales (intencionales) y el de las causas formales (estructurales).⁷⁷ Desde este punto de vista desaparece el azar entendido como lo que no puede ser integrado en ninguno de los tres tipos de causas,

⁷⁵ Lukács, *op. cit.*, pp. 14-15. .

⁷⁶ Bhaskar, Roy. *The possibility...*, *op. cit.*, p. 54.

⁷⁷ Heller, *op. cit.*, p. 153. .

si bien se conserva lo que Veyne denomina causa superficial bajo el ámbito de las causas eficientes.

Frente a la visión positivista de la historia que Veyne ofrece, tenemos la opción de elegir este camino: el del conocimiento científico de un pasado que está en el presente y que nos ayuda a pensar para su transformación.

La diferenciación de las causas nos obliga a jerarquizarlas, pero no a desechar alguna de ellas como componentes de la explicación histórica. En la historia es distinguible una legalidad estructural, si bien espacio-temporalmente restringida. Esto quiere decir que la causalidad formal posibilita el paso a un nivel más profundo de la realidad, sin explicar "todo" el fenómeno. Como acontecimiento histórico su explicación estará completa sólo cuando se integren de manera subordinada las otras

causalidades; esto es, la causalidad eficiente y la final, que confieren al hecho su dimensión espacio-temporal, su especificidad. Pero es la relación entre las tres, así como la remisión a la totalidad de la cual forma parte el fenómeno, lo que hace posible explicar el pasado, darle sentido.

Conclusiones

El argumento central que Veyne ofrece en contra de la visión que considera a la historia una ciencia, es el que desarrolla teniendo como base su supuesto carácter sublunar. Como pudimos ver, la tajante distinción que Veyne cree encontrar entre tal ámbito y el "mundo de la ciencia" es fruto de una operación bastante sencilla: el mundo científico es, exactamente, de la manera en que el positivismo lo ha concebido; el modelo positivista, con su preocupación por la deductibilidad, la predicción y las conjunciones constantes de eventos, es inaplicable al campo de la historia; por lo que, para Veyne, la historia no puede ser ciencia.

Hemos hecho notar en contra de este argumento, en primer lugar, que existen una serie de avances en la filosofía de la ciencia los cuales sugieren que la concepción positivista es inaplicable también en el dominio de las ciencias naturales. En virtud de estos avances, el requisito de la deductibilidad y la simetría entre explicación y predicción se desvanecen, al ser confrontados con la ubicuidad de los sistemas abiertos en la naturaleza (y en lo social) y por ende, con la necesidad de dar cuenta de la conexión causal como producto de la actividad de un mecanismo o estructura generadora; actividad que se ejerce sin manifestarse o realizarse necesariamente debido a la presencia, en sistemas abiertos, de otros mecanismos que co-determinarán el resultado final. De este modo, las leyes se entienden como tendencias y las regularidades constantes se consideran como no necesarias ni suficientes para la existencia de una ley. Tanto en ciencias naturales como en ciencias sociales, es la retrodicción, y no la predicción, la que permite explicar un fenómeno y la que por tanto resulta tener mayor importancia.

Veyne ignora tales avances, y propone una visión relativista de la historia en la que todo acontecimiento tiene igual valor — o lo que es lo mismo, ninguno lo tiene — y en la que es posible un número indefinido de historias parciales igualmente legítimas. Sin embargo, las formas de la conciencia histórica no son ilimitadas por cuanto son expresiones de las contradicciones del ser social.

La pretensión de la propuesta relativista de Veyne es encerrar a la historia dentro de los límites de la doxa, pero tal pretensión ignora que aun la enumeración más sencilla de los hechos es ya una interpretación. Ignora lo que el mismo positivismo ha reconocido hasta cierto punto:⁷⁸ que no existe posibilidad de apropiarse de un hecho sino a través de una teoría, con un método. Y, lo que es más importante, esta manera de identificar doxa e historia tiene como efecto el permanecer en el mundo de las apariencias tal y como se presenta en las categorías de la sociedad capitalista; el usar, a modo de marco teórico, la ideología dominante.

Por otro lado, en ese nivel de lo manifiesto que Veyne busca relatar y describir, le parece que los datos tienen una organización natural propia y que los conceptos utilizados en historia pertenecen al sentido común. Pero la historiografía se ha venido moviendo hacia la búsqueda de sentidos, haciendo uso de una conceptualización que determina la producción del pasado.

Así pues, en la historia se relacionan lo conocido y lo implicado por la operación científica de conocerlo, de modo tal que no puede existir cualquier historia ni la elección del tema es tan libre como Veyne sostiene. La teoría afecta a la realidad tanto al revelar nuevas dimensiones de ésta como al modificarse con el fin de dar cuenta de la nueva realidad que el trabajo teórico genera. En la relación entre teoría y realidad se producen diferencias significativas en virtud de las cuales es posible valorar la eficacia de la teoría mediante su capacidad de proporcionar un mayor significado del pasado.

Al revivir en el presente el pasado, la historia genera cambios en la conciencia histórica actual: la producción científica-histórica, relativamente autónoma, sostiene una relación de regreso -se conecta con la política- con la sociedad en que se realiza. No es ni puede ser la práctica inocua que Veyne pretende.

Este "campeón del hecho" — como le llama Certau — rechaza en favor de la doxa y lo manifiesta la noción de totalidad estructurada, sustituyéndola implícitamente por la de una totalidad indiferenciada, mera suma de acontecimientos espaciotemporalmente singulares relacionados entre sí sólo de manera externa, en donde las causas se disciernen únicamente en función de la trama supuestamente elegida con entera libertad. Se trata de una totalidad indiferenciada, dentro de la cual, la asignación de causas parece ser un mero agregado del historiador con el fin de hacer "comprensible" la trama. Con ello se niegan, al mismo tiempo, la existencia de relaciones internas, reales, de causalidad entre los acontecimientos y la existencia independiente, hasta cierto punto, de lo social una vez producido. Por el contrario, la noción de totalidad y por tanto la comprensión de los fenómenos partiendo de su función en la misma, "nos permite concebir la realidad como acaecer social".⁷⁹ Frente a la visión positivista de la historia que Veyne ofrece, tenemos la opción de elegir este camino: el del conocimiento científico de un pasado que está en el presente y que nos ayuda a pensar para su transformación.

⁷⁸ Hempel, *op. cit.*, pp. 28-33.

⁷⁹ Lukács, *op. cit.*, p. 16.